

PROCESO DE APROPIACIÓN DE LOS VALORES (II)

Preferencias subjetivas y valoraciones objetivas¹

Vincenzo Percassi²

En el artículo anterior se ha visto que en el proceso de apropiación de los valores el sujeto está implicado en su dimensión cognitiva, afectiva y decisional y que será útil para él, aprender a reconocer cuáles son los valores centrales o periféricos en su sistema motivacional y en qué medida éstos, se vuelven de hecho operativos, es decir vividos efectivamente en las decisiones cotidianas³.

Este artículo retoma el mismo proceso de apropiación del valor en su dimensión afectiva y decisional, en la óptica de cómo motivar la atracción del sujeto hacia un valor objetivo, de forma tal de saber encontrar dentro de sí la fuerza para reducir la distancia entre el mundo ideal y real, haciendo de aquel valor, la guía estimada y elegida para la praxis. Se trata entonces de conjugar objetividad y subjetividad, de saber en qué medida una elección expresa efectivamente un valor objetivable y por tanto universal.

De la distancia a la cercanía

La persona humana sólo en forma gradual se abre a los valores objetivos. El niño será inevitablemente atraído sobre todo por valores naturales y autogratificantes: la saciedad, el descanso y el sueño, la certeza que sus necesidades sean atendidas... Creciendo y desarrollándose, el niño se abre siempre más a la comprensión de valores que no están solamente conectados a sus deseos subjetivos: valores de lo verdadero, de lo bello y, en un último análisis, del bien que hay que realizar. En sus valores «centrales» y «operativos» - ver en el artículo anterior el significado de estas palabras - el sujeto puede reconocer el núcleo de verdad, de belleza y de bondad, que viene expresado por un determinado valor.

De aquí surge la pregunta: ¿es posible ayudarlo a reconocer este núcleo universal, personalizado por él en sus actividades prácticas de cada día, de manera que se sienta profundamente atraído? Evidenciar dicho núcleo, del resto, responderá también a otro problema: lo que es un valor para un individuo en una determinada situación, ¿puede permanecer tal para todos los otros y en situaciones diferentes?

1 Original: PERCASSI, Vincenzo, *Processi di appropriazione dei valori (II): preferenze soggettive e validità oggettive* en "Tredimensioni", 4(2007) 256-265. Traducción: Hna. María Constanza Cecilia Mattera (Sagrada Familia de Urgell), abril 2020. Revisión: FG.

2 Psicólogo, formador y superior del seminario teológico comboniano de Casavatore, Nápoles.

3 PERCASSI, V. *Processi di appropriazioni dei valori (I): conoscere, apprezzare, scegliere*, in "Tridimensioni", 4 (2007), pp. 135-143.

Los valores, en la vida concreta, son expresados a través de dimensiones culturales muy diversas entre sí y en el ámbito de jerarquías de valores que pueden cambiar de una situación a otra. Sin embargo, siempre partiendo de la experiencia vivida, es posible alentar el proceso de apropiación de valores a través del análisis atento de siete momentos que caracterizan dicho proceso. La presencia de estos siete elementos, en una decisión o en una actividad del sujeto, es garantía de que tal decisión o actividad esté efectivamente abierta a valores universales y no sea solamente expresión de deseos o preferencias exclusivamente subjetivas. Veamos en detalle estos siete momentos⁴.

1. Reconozco un bien concreto que puedo elegir autónomamente

Esto significa que la decisión ha sido tomada a partir del reconocimiento de un bien concreto que el sujeto ha elegido autónomamente, sin el condicionamiento de otros o de factores externos. En otras palabras, la persona elige algo no solamente porque le gusta o porque «le va», y ni siquiera simplemente porque tiene miedo, se siente obligado, se siente condicionado, sino porque lo que está eligiendo tiene un significado para sí, está en armonía con el sentido que da a su vida, con la orientación profunda de su corazón. Allí donde el sujeto elige a partir de las propias energías autónomas, es decir sin la presión *determinante* de una obligación, de un condicionamiento o de un sentimiento conflictivo, es posible hipotetizar que haya sido movido por algo que efectivamente tiene un cierto valor. Esto, sin embargo, aún no basta para garantizar que tal valor sea universal. El hecho que el sujeto haya elegido autónomamente no excluye del todo que haya sido movido por gustos personales o por preferencias individuales no universalizables.

2. Acepto pagar el costo que está implícito en el perseguir ese bien

Para que una decisión sea efectivamente expresión no de una simple preferencia personal, sino de un valor objetivo, es necesario que en el proceso de tomar dicha decisión el sujeto haya reflexionado sobre posibles alternativas, las haya confrontado entre sí y haya aceptado de pagar un cierto costo para vivir la decisión tomada, renunciando a otras posibilidades también atrayentes. Esto, obviamente, no implica que una elección espontánea y no costosa no pueda estar motivada por un valor. Significa más bien que allí donde el sujeto elige no a partir de su espontaneidad o emotividad, sino a partir de un cierto esfuerzo de voluntad, es *más seguro* que esté en juego un valor que va más allá del propio sujeto, de sus intereses, sus gustos personales, sus preferencias subjetivas. En tal sentido, este tipo de valor debería poder ser objetivado y propuesto como universalmente válido.

3. El bien que elijo expresa apertura al otro, a Dios y también a mí mismo

Este tercer elemento señala que, en la decisión tomada, el sujeto no sólo ha valorado las posibles alternativas, sino que también ha reconocido las consecuencias de su elección y, a partir de tal reconocimiento, puede decir que el bien concreto alcanzado expresa una triple apertura: a sí mismo, a los otros y también a Dios. La ausencia de un solo aspecto de esta triple apertura haría dudosa la objetividad del valor. Una madre que se dedica totalmente al

4 Me inspiro en la obra de TAN, E.L., *The clarification and integration of values*, Julie M. Borje, Manila 1989.

hijo sin cuidarse en forma razonable a sí misma podría ser movida por una compulsión o por un deseo inconsciente más que por un amor gratuito y total hacia su propio hijo. ¿Qué sucedería si en un avión averiado contrariamente a las indicaciones dadas al inicio del vuelo, aquella madre, en vez de ponerse primero la máscara de oxígeno, se preocupara de ponérsela antes que nada a su niño? ¿No correrían el riesgo de morir los dos, ella por falta de oxígeno y el niño por falta de una posterior atención? Una elección motivada por un valor universal se conoce por el equilibrio que ella expresa entre apertura a sí mismo y apertura a la alteridad, allí donde el otro es tanto el próximo como un Dios personal.

Pero, ¿qué decir de la posibilidad de elegir un valor universal, independientemente de la fe religiosa? En tal caso, pienso que la apertura a Dios tendría por lo menos que ser compensada por una apertura a un bien importante en sí mismo. Significativamente el papa Benedicto XVI, a menudo, ha exhortado con insistencia a las personas que se consideran ateas a vivir como si Dios existiera. Algunos relatos de la segunda guerra mundial han puesto en evidencia que el comportamiento en batalla de los soldados podía variar grandemente de situación a situación⁵. El heroísmo de los combatientes surgía no donde había necesidad de salvar simplemente la propia piel (en tal caso, se evidenciaba sobre todo el miedo de los individuos ya sea con la actitud de fuga o desertando de las líneas), sino donde estaba en juego la salvación del grupo, en los grupos unidos y caracterizados por buenas relaciones interpersonales (apertura al otro). Y no sólo. Dicha heroicidad parecía ser máximamente exaltada cuando, más allá de la salvación del grupo, era muy sentida la identificación con una causa más grande: la libertad, la dignidad del propio pueblo, el saberse parte activa de un cambio histórico. Todo esto no implica, necesariamente, una apertura consciente a un Dios personal, pero por lo menos señala la disponibilidad de tomar en consideración un horizonte de valores más amplio que sólo aquellos ligados a los propios intereses personales o aún sólo a los intereses de un grupo con el que hay una mayor afinidad.

En síntesis, cuanto más amplio es el horizonte de apertura- no solo a mí mismo, no sólo a los otros, sino también a Dios o al Valor objetivo - tanto más enraizada en la interioridad de la persona será la motivación y tanto más universalizable, por tanto, la elección hecha y el valor que en ella expresado.

4. *Me encuentro orgulloso y contento de la elección hecha*

Hasta aquí nos hemos movido prevalentemente en la dimensión racional que permite el discernimiento del bien y de las diversas alternativas en juego. A este punto, para evaluar la objetividad de un valor, se puede tomar en consideración un cuarto factor. Se trata de un factor que toca la dimensión más emotiva de la persona. La decisión motivada por un bien concreto y caracterizada por la triple apertura descrita anteriormente, tendría que dejar a la persona, al final del proceso de la decisión, orgullosa y contenta de la decisión tomada. Una decisión que refuerza una sana estima de sí mismo (sentido de sano orgullo) y que al mismo tiempo ilumina el mundo afectivo del sujeto (sentido de alegría) evidentemente demuestra de haber conseguido un bien significativo que, por tanto, puede ser propuesto a otros.

Llegando a este punto, es importante tener presente dos cosas. En la elección del valor un sano orgullo y alegría coexisten. En cambio, pueden existir elecciones que nos dan alegría, pero no nos hacen sentir orgullosos de ella; o sí orgullosos pero no serenos y contentos. En

5 CORTI, E., *Il cavallo rosso*, Ares, Milano 2006.

tal caso, en el proceso de decisión ha intervenido alguna ambigüedad. Una segunda cosa a tener presente es que el sentido de sano orgullo y de alegría surgen en el momento final - no inicial - de la decisión. Es normal que al inicio de un proceso decisional, aún cuando el sujeto elige un valor objetivo, puedan existir sensaciones de temor, excitación, fatiga, resistencia o incluso de humillación y vergüenza.

5. *Puedo proclamar públicamente la elección del bien realizada*

No es superfluo subrayar que el sistema de motivación del sujeto puede ser muy complejo y también ambiguo. Puede suceder - lo veíamos con anterioridad - que una decisión tomada dé al sujeto un sentido de sano orgullo, pero no propiamente de alegría o gozo profundo. O por otro lado, darle un sentido de alegría pero no propiamente de sano orgullo. Es necesario en cambio, en el caso de la elección de un valor objetivo, que los dos elementos - gozo sostenido en el tiempo y sentido de sano orgullo - estén presentes en los efectos de la decisión tomada.

Cuando estas dos reacciones emotivas son presentes en la vivencia del sujeto, es posible que, por razones diversas, el interesado no logre percibir las con claridad suficiente o, por lo menos, no pueda expresarlo verbalmente. Entonces, una verificación posterior, que confirme la presencia de una resonancia positiva al final de la decisión tomada, puede ser la siguiente: en la medida en que el sujeto esté orgulloso y contento de la propia elección, estará dispuesto a proclamar públicamente la decisión tomada y a explicitar delante de los otros, las propias intenciones y el bien/valor que tal decisión quería expresar. No es necesario que uno tenga necesariamente que contar a los otros cada vez que toma una decisión. Se trata simplemente de considerar si se sentiría cómodo con la idea de hablar a alguien acerca de la propia decisión y de las consecuencias de ella. Eso será una señal bastante segura de que la alegría y el sano orgullo coexisten en la experiencia de aquella persona como efectos de la decisión tomada.

6. *Puedo reevaluar la decisión tomada en términos de fidelidad y perseverancia*

Otro factor puede ser tomado en consideración para evaluar en qué medida una decisión expresa efectivamente un valor objetivo y por tanto universal. Este factor toma en consideración, después de la dimensión racional y afectiva, la de la voluntad, en la acción práctica. Una decisión inspirada en un valor lleva al sujeto que elige a asumir medios concretos y útiles para alcanzar sus objetivos. La decisión no permanece sólo a nivel de las intenciones. Al contrario, el sujeto puede decir de haber efectivamente probado a ponerla en práctica planificando tiempos y modalidades de actuación. Cuanto más realista, gradual y eficaz es la planificación, aún si sólo parcialmente, más evidente será la objetividad del valor.

Al reevaluar las decisiones realizadas y su planificación, nos centraremos no en los resultados externos sino en la fidelidad expresada en la acción práctica: no en la consideración, es decir, que necesariamente se ha habido pleno éxito sino que se han usado los medios disponibles, se perseveró hasta que se agotaron las posibilidades a disposición, se valoraron los recursos disponibles. Este tipo de evaluación dejará al sujeto fundamentalmente sereno y satisfecho de sí incluso frente a posibles fallas y lo llevarán, de todos modos, a aprender algo útil para el futuro incluso en situaciones difíciles, limitantes o decepcionantes.

7. *Me siento dispuesto a repetir las elecciones hechas*

Un último elemento va tomado en consideración para hacer evidente en qué medida una decisión expresa un valor objetivo: la repetición. La decisión expresada de un valor objetivo no se reduce nunca a una elección ocasional o aislada, sino que tiende a repetirse en el tiempo, a producir actitudes más bien estables, a traducirse en un *hábito* que permanece aún en las variadas circunstancias. Hay que considerar la necesidad de tiempos largos y de ejercicios no siempre espontáneos de buena voluntad. Sólo las elecciones repetidas muchas veces y por un tiempo prolongado tiende a consolidar el valor que ellas expresan.

Pero, ¿es la fuerza del valor que atrae y lleva a elegirlo con más asiduidad y más fácilmente o es la elección repetida del valor que lo clarifica y lo hace siempre más atrayente? Probablemente el proceso es circular. Cuanto más claro y evidente es un valor, tanto más fácilmente tiende a activar la voluntad del sujeto para elegirlo. Por otro lado, cuanto más la voluntad del sujeto se ejercita en elegir un valor, que inicialmente no se muestra tan atrayente o evidente para sí mismo (se piense por ejemplo a la elección de la castidad entre novios), tanto más el valor se clarifica y revela sus significados profundos de vida y de bien que él encarna.

La observación atenta de las decisiones del sujeto y su relectura a la luz de los siete puntos descritos, puede ser un modo eficaz para verificar la objetividad de un valor y para alentar al sujeto a perseverar en la elección del mismo. Cada decisión o actividad

- que viene reconocida como un bien,
 - que se lleva adelante aún a costo de algún sacrificio o renuncia,
 - que expresa una triple apertura,
 - que deja al final un sentimiento de gozo unido a un sentimiento de sano orgullo,
 - que puede ser afirmada públicamente y propuesta a otros,
 - que es perseguida en la fidelidad a través de una planificación o medios apropiados,
 - y que se repite de manera bastante regular,
- se transforma realmente en vehículo de un valor, de una fuerza atractiva y motivacional, que construye tanto al sujeto como a la comunidad de la cual hace parte.

Una operación también grupal

La apropiación del valor que realiza la persona vale también como operación de grupo. Es decir, justamente como es objetivo, el valor puede ser compartido. Las actividades de cada día grupo, por tanto, pueden ser releídas y profundizadas tanto en el coloquio con la persona como en el ámbito de las dinámicas grupales, en vistas a la clarificación de valores que en ellas se expresan. En este caso, el intercambio y el compartir permiten a los miembros de un grupo de ayudarse mutuamente a reconocer las características de un valor objetivo y compartido.

Se trata de partir de una actitud de confianza que ve la diversidad de experiencias no como un límite sino como una potencialidad. Incluso una medida bien regulada de conflictividad, en el compartir del grupo, puede constituir, no una amenaza sino una ocasión para profundizar los valores de la acción común y para activar la búsqueda de soluciones nuevas y originales a los problemas.

No siempre será posible explorar en grupo todos los siete momentos característicos del proceso de apropiación de valores. Sin embargo, es posible profundizar el significado de una actividad de grupo, aún la más cotidiana, invitando al grupo a que reconozca el valor objetivo que en ella expresada. Se tratará en tal caso de ayudar al grupo a reconocer cómo ese valor está en conexión con la vida concreta y la promueve. Aquello que está conectado con la vida concreta, se transforma por eso mismo, en algo interesante. Una clase de estudiantes puede encontrar aburrida la lección sobre el teorema de Pitágoras. Sin embargo, al término de la explicación y de los ejercicios sobre el teorema, se podría ampliar y profundizar el discurso invitando a la clase a reconocer cómo el estudio de un teorema puede tocar la vida de cada día: ¿qué significa «medir» los objetos o la realidad? ¿Cómo afectan estas medidas las actividades de cada día? ¿Cómo el proceso de medición puede ayudar y facilitar la vida del grupo?

La clarificación de un valor en el ámbito de grupo, además de la conexión con la concreción de la vida, requiere también ver cómo dicha conexión está al servicio del bien. Siguiendo con la clase que aprendió el teorema de Pitágoras, se podría continuar el intercambio en este sentido: ¿qué cosa revela el hecho que en la realidad se puede reconocer cierta «regularidad» en el mediar las cosas? ¿Qué dice todo ello sobre la tendencia de la persona a superarse a sí misma y a la realidad? ¿Qué cosa dice de un Dios creador el hecho que todo en el universo esté hecho «según peso y medida» (Sab 7,15-21)?

Una consecuencia inmediata de haber reconocido un valor para la vida ejercitándose en aprender un ley de geometría tiene una ulterior y fundamental consecuencia: el hecho que exista una regularidad en las medidas de la realidad puede tocar (en positivo o en negativo) las relaciones. Por ejemplo, la relación entre lo que un operario gana y aquello que produce o consume, ¿expresa una proporcionalidad? O, ¿qué cosa tienes en cuenta cuando «mides» el tiempo que distribuirás entre las diversas actividades de la jornada? ¿Existe una relación regular entre la atención que se da a un objetivo que se persigue y la atención que hay que dar a las personas implicadas en la consecución de dicho objetivo? A la luz de la reflexión hecha, ¿qué reconoces de ti mismo, de tu modo de sentir o de actuar en la vida, de comportamientos viejos que quizás deban ser modificados o de comportamientos nuevos que tendrían que ser activados?

El hecho de que en una actividad de grupo se pueda llegar a reconocer la ligazón con la vida y con el bien concreto significa enriquecer la actividad misma de un significado personal y al mismo tiempo, compartido con la comunidad. Descubrir que esta ligazón tiene implicaciones para la vida relacional y por tanto para la cualidad del propio estilo de «amor» significa alentar el crecimiento de la persona en la apertura y la superación de sí misma. Casa uno de los estudiantes «comenzarán a ver siempre mejor la importancia de aprender un concepto abstracto por el hecho de que han descubierto en ese concepto un significado existencial. Al mismo tiempo, el mismo estudiante comenzará a comprenderse mejor a sí mismo a través de las lecciones escolares»⁶.

6 TAN, E.L., cit., p. 79.

Aprendizaje y mejoramiento de sí mismo

Es esencial tener presente que la apropiación de valores es un proceso que no se activa espontáneamente, sino que exige un esfuerzo pedagógico por parte de los educadores, sea a nivel individual que de grupo.

Tal esfuerzo pedagógico, idealmente, tendría que mirar a activar sobre todo la motivación de los sujetos para el aprendizaje de los valores: suscitar curiosidad, interés, gusto por descubrir significados que subyacen a todas las actividades humanas. Por tanto, tendría que estimular la reflexión con preguntas abiertas que conduzcan, a los sujetos a ampliar el horizonte de sus propias perspectivas en la dirección del bien concreto y de la apertura a la alteridad. Se trata por tanto, de superar la dicotomía que muchas veces se encuentra en las actividades formativas: aquella de una reflexión quizás profunda y estimulante pero que no tiene conexión con la actividad práctica; o aquella de actividades prácticas entusiasmantes e intensas pero que no son seguidas y apoyadas por la reflexión. Finalmente, el esfuerzo pedagógico que tiende a la apropiación de valores en un grupo debería ayudar a los sujetos a reconocer, en el desarrollo de la actividad, cómo el componente cognitivo puede interactuar con aquel afectivo y comportamental.

La educación ayuda a los sujetos no sólo a aprender conceptos, nociones, nuevos esquemas cognitivos, sino a reconocer que el aprendizaje toca el propio modo de sentir, revela algo de sí mismo y permite valorizar las propias experiencias y conocimientos para mejorar la vida.